

San José, Costa Rica 1927 Sábado 5 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Ganancia dolorosa, pero ganancia*, por Gabriela Mistral.—*Carta de J. C. Mariátegui*.—*Otro aspecto de la farsa yanqui*, por Rubén Yglesias.—*Había una vez una muchachita*, por Carmen Lyra.—*Elogio de Alajuela*, por G. Fernández Montúfar.—*La independencia económica y política radica en la posesión de la tierra*, por B. de Hostos.—*Ramiro de Maeztu y la dictadura española*, por J. C. Mariátegui.—*Cinco años de destierro de Unamuno*, por Gabriela Mistral.—*Cómo se contrata un empréstito*.—*Mi pecado*, por Max. Jiménez.—*Bibliografía titular*.—*Dos libros revolucionarios*, por Mariblanca Sabas Alomá.—*Mi Don Francisco Giner (9)*, por J. Pijoán.

Mi respetado y querido García Monge: Leo el llamado de Guillermo Jiménez, al que usted ha añadido nobles palabras, sobre una presentación que se haría al Gobierno de Cuba en favor del Grupo Minorista, caído en la desgracia oficial por causas que honran a éste profundamente. Añada usted, mi amigo, la firma de su servidora, que también firmaría, llena de honor, los postulados del Grupo Minorista, que he leído en *Social*, y la de Vasconcelos y César Arroyo que me piden añada sus nombres.

Sería conveniente hacer presentación semejante respecto de ese otro grupo de escritores cabales, hombres y mujeres que trabajan en el Perú por la desfeudalización de su país, de que habla Julió Barcos, aludiendo a otros humillados y ofendidos: los maestros de la Asociación de Profesores Primarios de Chile. Mariátegui, Magda Portal y Luz Parra del Riego—con otros cuyos nombres no recuerdo—son un ejemplo de conciencia civil vigilante y de bienestar individual sacrificado a una causa de salud americana. Mis compañeros los maestros de Chile, no desterrados, pero caídos en el disfavor de los grandes, y cuyos

Querido y admirado compañero: De regreso de un soleado pueblecito serrano, donde mis fuerzas físicas han convalecido de su último quebranto, encuentro un honroso mensaje de solidaridad de la inteligencia hispanoamericana: el N.º 6 de REPERTORIO AMERICANO dedicado casi totalmente al Perú, y no al Perú oficial, sino al Perú revolucionario, el que anunció González Prada, el que ambicionamos crear nosotros. Vigilante y profético, Ud. señala al Perú verdadero, al Perú histórico, no en sus gobernantes ni en su burocracia sino en esta generación rebelde cuya palabra era y es *Amauta*.

Si la protesta de REPERTORIO fuese solo por mí y *Amauta*—esto es, por el intelectual y la tribuna—yo la encontraría excesiva; pero la siento más profunda y más

Ganancia dolorosa, pero ganancia

París, 10 de octubre de 1927.



nombres pasan de la treintena, son dignos también de ser recordados en el mismo plano caluroso de la memoria y del agradecimiento, que los cubanos y los peruanos mencionados.

La América ya merece el nombre de *Continentes que destierra*. En poco más, habrá una América ambulante, arrojada de nuestras ciudades que piden a gritos la inmigración y que se desprenden a la vez, de sus hombres mejores y de sus escritores más virilmente pundo-

norosos. Hace cincuenta años se trataba de *un* Montalvo o de *un* Sarmiento arrojados de su país; ahora los cercenados de la América, si yo me atengo a los que veo llegar a París, son legión.

Dato que angustia, pero que enseguida conforta. Porque si el número de los descontentos del feudo, de la encomienda resucitada, de la tribu y el klan, se ha decuplicado, esto quiere decir que empieza a ser muy intranquilo el sueño que antes se gozaba allá encima de la injusticia social, y que la cobardía se ralea, partida en varios puntos, por las tuñas desesperadas de unos cuantos. *Ganancia dolorosa, pero ganancia*.

Quiero añadirle que yo no hago esta mención de los escritores peruanos por maligna intención de mujer chilena respecto del Perú, país por el cual siento el mismo interés superior que por México, y cuyos escritores he celebrado y celebro siempre. En la situación penosa en que vivimos aun peruanos y chilenos, esta advertencia es necesaria. Le quiere y le dice su amistad admirativa,

GABRIELA MISTRAL

Carta de Mariátegui

Lima, 25 de setiembre de 1927.

amplia, la reconozco como una protesta del espíritu americano contra la persecución a los hombres que en el Perú se esfuerzan por traducirlo y realizarlo. No creo en los fueros especiales de la inteligencia y de la cultura sino cuando son fieles a una misión revolucionaria, vale decir, a una misión creadora. De aquí que, aunque el relieve que encuentran en mí y *Amauta*, REPERTORIO AMERICANO y sus colaboradores, sea en realidad infinitamente menor del que su afecto y simpatía suponen, no necesite yo términos de modestia personal para expresar mi reconocimiento, porque me toca dar las gracias a nombre de la causa de América Latina.

La persecución de la vanguardia en el Perú no es un acto de mera trascendencia local como pueden pensar, por negligencia o por comodidad, algunos intelectuales que gozan, por ahora, de otro clima histórico. El Gobierno peruano sabe muy bien que no se puede atribuir seriamente a esta vanguardia un complot para derrocarlo. Por consiguiente, no cabe duda de que procede solicitado por las instancias norteamericanas para que se sofoque toda propaganda antiimperialista. La divisa del antiimperialismo es la que nos ha señalado más viva e inmediatamente a la represión. No se nos reprime porque reclamemos tales o cuales libertades sino porque reivindicamos, a nombre de la nueva conciencia hispanoamericana, la autonomía económica y espiritual del Perú cada

vez más amenazada e insidiada por el imperialismo yanqui.

La coincidencia de la represión en el Perú con análogas persecuciones en Cuba y en Bolivia está denunciando claramente el verdadero origen de esta ofensiva reaccionaria que disfraza sus objetivos con la grotesca farsa de los "complots comunistas". No puede obedecer a un simple azar el hecho de que en los tres países más enfeudados al capitalismo norte-americano,—después de la América Central—, se movilicen a un tiempo, y casi a una voz, policías y gendarmes, para apresar a los escritores, estudiantes y obreros de vanguardia que más se han sindicado por su protesta antiimperialista.

Los últimos números de *Amauta* no prescindían menos que los primeros de los temas y hechos cuyo comentario independiente se estima aquí por parte de la policía como actividad subversiva y punible. Pero contenían en cambio diversos artículos antiimperialistas. Fueron estas las publicaciones que provocaron, seguramente, la clausura de la revista.

La protesta de REPERTORIO AMERICANO, lo mismo que la de los intelectuales argentinos y uruguayos y la de 1927 y el «Grupo minorista» de Cuba, revela por fortuna que una gran parte de la intelectualidad de nuestra América se mantiene alerta contra el imperialismo y sus aliados. A todos los intelectuales que me han hecho llegar generosas palabras de solidaridad, quiero decir, por intermedio de REPERTORIO AMERICANO mi reconocimiento y el de mis compañeros de *Amauta*.

Fortalecido por esa honrosa solidaridad, reivindicaré mi derecho a continuar publicando *Amauta*; y, si a pesar del clamor de los mejores espíritus de Hispano-américa, no se me escuchara, saldré del Perú, para establecer la revista en Buenos Aires o Montevideo.

Con devotos sentimientos lo saluda su afectísimo amigo y compañero.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Al Sr. J. García Monge, Director del REPERTORIO AMERICANO, San José de Costa Rica.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Otro aspecto de la farsa yanqui La condecoración del Almirante Latimer

EN las noticias cablegráficas de la prensa diaria, hemos leído que el Secretario de Marina de los Estados Unidos ha propuesto al Almirante Latimer para la medalla del "Servicio distinguido", en premio de los que prestara como comandante de la escuadrilla que estuvo en aguas nicaragüenses todo el tiempo que duró la última y reciente revolución.

Para los espíritus a quienes todavía inquieta, en el naufragio universal del decoro y la honradez, el porvenir por demás oscuro de nuestra América, nada más sugestivo que esta apreciación del honor y del servicio a la patria que tienen los gobernantes norteamericanos, especialmente de Wilson para acá.

¿Qué ideología representa esta condecoración, hermana gemela de las que otro Iscariote yanqui colocara sobre el pecho villano de los marinos que, violando la amistad y la soberanía de un país vecino, ensangrentado siempre—por misteriosos atavismos que se remontan a épocas lejanas de la pre-historia—por la lucha fratricida de quienes se amparan bajo el mismo luminoso cielo, desembarcaron hace apenas unos pocos años, en el puerto de Veracruz?

¿Qué se premia con estas medallas, símbolo aborrecible de una usurpación vergonzosa? El "Servicio distinguido", se dice... Servicio distinguido ¿a qué o a quién? A la patria; dirán los politicastos y los lacayos... ¿A cuál patria? ¿A la de Franklin y Lincoln, acaso? En verdad, de Lincoln a Coolidge hay un abismo más hondo que el océano, porque es un abismo de incompreensión, producto de la diferencia educativa y racial.

¿Qué tendrá que ver la "patria" norteamericana, formada por espíritus fuertes y luminosos como los de Washington y Jefferson, con las ambiciones bastardas de los millonarios petroleros o de los Judas centroamericanos?

El gobierno estadounidense va más allá de lo necesario. Hace poco, los diarios anunciaron que Adolfo Díaz, ese hombre que el sabio y ejemplar Masferrer llama "el ser más despreciable de la tierra", quedándose corto en la apreciación, dispuso condecorar a los marinos que se distinguieron asesinando a los patriotas nicaragüenses. Este hecho monstruoso, es, sin embargo, explicable y lógico. Díaz demuestra que por lo menos es agradecido, con el agradecimiento del perro a quien se dá un hueso que roer...

Pero que se condecora a Latimer por los propios Estados Unidos, es

demasiado cinismo... Y más, si se piensa que esta medalla que se otorga a un soldadote por ayudar a un traidor, es la misma que se prende al pecho noble y generoso de los Lindberghs y Byrds y Chamberlains, verdaderos embajadores de paz, símbolos de progreso y merecedores del universal respeto por los ideales que les hicieran lanzarse sin miedo en busca de la gloria, de la verdadera gloria, de la que obtiene sin sangre, sin traiciones y sin crímenes...

¿Qué paradoja es esta? ¿Cómo explicar esta contradicción...? Es la misma contradicción que existe siempre entre los dichos y los hechos de los gobernantes yanquis: es la contradicción de Wilson, el apóstol de la democracia, predicándola en Europa, y destruyéndola la república en Haití y Santo Domingo, ocupando estos países militarmente y asesinando a los patriotas, calificados de bandidos; ocupando Veracruz, reconociendo gobiernos nacidos de cuartelazos; es la contradicción de Coolidge predicando el panamericanismo, hijo bastardo de la Doctrina Monroe, y prestando su apoyo moral y material a los Chamos y Díaz.

Y todo esto, con la complicidad abúlica de nosotros mismos, ya que desgraciadamente, según la gráfica expresión de un funcionario del Departamento de Estado norteamericano, a la hora de comprarnos nuestra hacienda por un plato de lentejas, los Estados Unidos no necesitan venir a seducirnos, sino más bien tienen dificultad de seleccionar entre los Judas el mejor vendedor...!

RUBÉN YGLESÍAS

San José de Costa Rica.

La mejor galleta nacional que ya el público conoce se fabrica en "La Costarricense"

de VICENTE MORALES
Cuesta de Moras.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Ofrece telas especiales para sobretodos, smoke, frak y pantalón baloon. Club en series ₡ 3.50 semanalmente. Además con un surtido de gorras belgas en todos estilos y colores. Haga una visita y se convencerá.

Había una vez una muchachita

=De Las fantasías de Juan Silvestre=

TENGO en la palma de la mano esta vida sencilla y limpia como esas piedrecitas de los arroyos frecuentados sólo por insectos y animalillos silvestres

Hacia dos horas que remontábamos el río San Carlos, cuando los perros que iban por tierra, comenzaron a ladrar furiosos entre el gamalotal de la ribera.

—Es tepescuinte—dijo uno.

—Ah, no, eso no es tepescuinte—repuso Rafael el mandador de la finca—eso es otra cosa.

Aulló un perro con dolor, y lo que era, huyó perseguido. Las ondulaciones del zacate nos indicaban la dirección de los animales.

Se arribó el bote a la orilla y tres de los hombres saltaron a tierra con sus rifles. Escalaron ágiles el paredón y se internaron rápidos. Los perros ladraban desesperados no muy lejos.

Oímos un tiro y luego otro y otro, y diez minutos después aparecieron los cazadores con su presa.

Traían la cara de triunfo que toma la gente cuando acaba de hacer una víctima.

—¡Es un tigre!—exclamamos los que nos habíamos quedado.

—No, es un manigordo—objetó alguien.

—Le digo que es tigre—replicó Rafael, uno de los cazadores, quien veía en la objeción, menoscabo para su hazaña.—Basta verle las pintas.

—Pero está cachorro—criticó uno.

—Ya no tanto—contestó otro de los cazadores.

Entre tanto, la fiera herida agonizaba en el fondo del bote.

¡Cuánto dolor expresaba la mueca que contraía los bellos sanguinolentos!

—¡Linda piel!—dijo la señora con su vocecilla afectada e indiscutible. ¡Pero la han echado a perder! Ninguno de Uds. tiene buena puntería.

Las manchas oscuras eran en la piel de un castaño tierno, siluetas de flores de terciopelo negro. De las heridas manaba la sangre y corría con la misma inocencia con que fluye un hilo de agua por un lecho de musgo.

El sol del medio día ponía su luz cruda sobre la tragedia muda de la bestia, cuya congoja era para adentro y no externa.

Yo aventuré:—Vale más acabar de matar ese animal.

Un adolescente, un morenillo que parecía una armoniosa estatua de bronce, se dispuso a darle por la cabeza con la culata de su rifle.

—Una, dos, tres—exclamó gozoso mostrando las dos hileras blancas de sus dientes sanos y parejos.

Cerré los ojos y resonó el golpe seco. No se percibió el menor quejido.

Dieron la señal de partida; palancas y canaletes se pusieron en movimiento.

Abrí los ojos poco a poco...Me encontré con la mirada del tigre; una mirada vidriosa, desamparada. Seguía jadeando con las fauces entreabiertas. El muchacho había errado su golpe.

—Ese animal debe tener sed—dije, para que los que lo rodeaban le dieran agua. Pero no me hicieron caso. Describían y escuchaban los detalles de la cacería.

Fué Eva, la muchachita que iba sentada en la popa, sola y callada, en la que nadie parecía fijarse, quien se apresuró a coger agua en el hueco de su mano para mojar el hocico del animal moribundo.

Fué la primera vez que me di cuenta de esta pequeña existencia junto a la cual había vivido, sin sentirla, una semana.

Durante el resto de la travesía siguió allí al lado de la bestia, dándole de beber.

Estábamos en la cocina de la casucha del mandador, en torno del fuego. Caía un gran aguacero lleno de rumores misteriosos y amenazadores; era como si nos envolviera una selva tupida de troncos y ramaje fluyente. Por las aberturas de los palos que formaban los muros de la choza, se veía temblar la noche; el oído creía sentir el ímpetu callado y majestuoso del San Carlos abrirse paso allí a unos cuantos metros, a

través del matorral salvaje y espeso de la lluvia

Los cazadores no se cansaban de comentar la aventura de la cacería del tigre, llevada a cabo esa mañana.

A mí me fastidiaba aquella charla sin cesar, sobre un mismo tema.

En el hogar crepitaba la leña y las llamas ponían en derredor una danza de sombras y de claridades. Me quedaba dormitando y la conversación se volvía en mi fantasía una ramazón seca desde el fondo de la cual me miraban los ojos vidriosos del tigre agonizante. O bien los rostros tomaban a través de mis párpados entornados, aspecto de animales. Los de los campesinos me recordaban cabezas de bestezuelas de los bosques: taltuzas, conejillos, ardillas. Los de las gentes urbanas, animales domésticos: perros, gatos o aves de corral.

El del yerno de la señora, por ejemplo, ya cincuentón pero buen mozo todavía, hacía pensar en los gatos de viejas doncellas, alimentados con sopas de leche y ante los cuales ratones y ratas puedan correr impunemente; el de la señora con su pobre aire dominante que nadie tomaba en serio, en los chompipes; y sus gestos y palabras, en el chasquido ensobrecido del ala de esta ave de patio.

Sólo la cabecita de Eva no se desfiguraba en mi imaginación, y me invadió un gran enternecimiento al contemplar la pequeña figura, morena e insignificante, sus ojos silenciosos—pues los hay de mirada bulliciosa—su suave seriedad y lo humilde todo de su apariencia vestida con tanta pobreza como aseo.

Ocho días llevábamos en la finca, y hasta esa mañana, cuando lo del tigre, no reparara en ella. Y antes, las sombras de las otras personas parecían haber tenido más vida para mí. Creo que a los otros huéspedes de la señora les pasaba lo mismo.

Cervecería TRAUBE

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

se refiere a un em singular en Costa experiencia la colo

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

<p>CERVEZAS</p> <p>Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p> <p>REFRESCOS</p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,</p>	<p>Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p> <p>SIROPES</p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
--	--

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Desde por la mañana muy temprano los perros ladraban entre la montaña.

—Deben tener encuevado un tepalcuete—dijo Rafael.

La señora propuso ir a hacer esta cacería y partió con sus invitados y unos peones. Sólo yo no quise acompañarlos y me quedé en casa con Susa y los niños.

Me senté en un taburete, en la cocina, a ver trabajar las mujeres.

Mientras Eva pasaba la masa o palmeaba entre las manos la tortilla, Susa me refería cosas de su vida: todos estaban con paludismo y debían tener las tripas llenas de anquilostomas y demás fauna intestinal. Los niños eran marchitos y serios como viejos, tenían la pancilla abultada y las piernas endebles. Por lo que decía Susa, la vida era más bien dura para ellos; la única preocupación de la señora en San José, con respecto a su finca de San Carlos, era el engorde de los chanchos y del ganado. La suerte de sus peones no le producía el menor cuidado. Si embargo, ni los apuros económicos ni las enfermedades parecían inquietar a Susa: hablaba de unos y otras con voz monótona, mientras daba vueltas al manubrio del molino de maíz, como si su modo de vivir fuese el único posible.

¿Y Eva?

Había cumplido sus quince años para la Candelaria. No era hija de Rafael, que con Rafael vivía Susa hacía apenas diez años, la edad de Antonio, el mayor de los niños. Pero la criatura no resultaba una carga para Rafael: era más bien la mano derecha de la casa: lavaba toda la ropa, más la de Felipe, el peón nicaragüense a quienes ellos daban alojamiento; ordeñaba las tres vaquillas y ayudaba en el cuidado de los chanchos, que en ese momento eran unos docientos en aquel apartado.

—¿Iban a menudo al Muelle?

Los chiquillos y Rafael sí; ellas si acaso una vez al año. Eva ni siquiera había salido nunca a Florencia el caserío vecino más importante. Allí a la orilla del río había nacido y allí llevaba sus quince años.

Entre, tanto, la niña no chistaba; entregada a su faena, parecía no oírnos.

Ahora yo recordaba que nunca había hablado en mi presencia.

Más tarde, cuando el sol bajó un poco, vi a Eva coger su batea y encaminarse al río. La seguí sin que me viera. Se puso a aporrear la ropa, acomodada en la balsa que servía de atracadero, a la sombra del añoso sota-caballo del puertecillo. Tenía puesto un pobre sombrerito viejo de paja.

Cuando terminó, se sentó al pie del árbol, los pies entre el agua, a mirar el río. Así permaneció un gran rato y su quietud acabó por confundirse a mis ojos con el correr casi imperceptible del San Carlos. ¿Era el río quién le enseñara esa manera de caminar sin hacer ruido, su silencio y aquel modo de mirar que evocaba la melancolía de sus ondas acostumbradas a la soledad?

¿Qué venía vibrando, pero con tenue vibración, sobre la fugaz superficie? ¿Era una libélula? ¿El viento entre las finas cañas de la orilla?

No... Era la música de una guitarra que acompañaba el canto de una voz masculina.

Por el recodo aparecieron dos cayucos: remontaban el río por la orilla, uno palanqueado por mujeres, cuyos vestidos de colores chillones ponían una nota alegre sobre la calma de la tarde. Al ver a Eva se pusieron a gritar.

La muchachita se levantó y a mí me pareció que la soledad y el silencio, al contacto de cantos, música, colores y gritos, se habían encogido como las hojas de la adormidera cuando algo extraño las roza, y se habían deslizado al fondo del río.

Me acerqué a Eva.

—Parece que están de fiesta—dije.

Me miró sin responder. Entonces agregué:—¿Ud. sabe, Eva, lo que celebran?

Contestó con una voz infantil muy delicada:—Sí, es que van para un rezo donde Juan Canario.

—¿Rezo de qué?

—De San José, como mañana es día de San José.

—¿Un rezo con guitarra?

—Sí.

—¿Dónde es Juan Canario?

—Aquella casa de alto después del Verraco.

—¿Y esos que van allí, quiénes son?

—Allí va la rezadora y van también los músicos, los Quesadas.

—¿Y Uds. no van, Eva?

—No, sólo Felipe.

—¿Porque no van?

—Quién sabe...

—¿Le gustaría ir?

—Quién sabe...

Ya no se veían los cayucos y las risas, los gritos, la música y los colores se alejaban dejando tras sí una estela de tristeza inefable.

—¿Le gustaría salir de aquí, Eva, conocer Florencia, Villa Quesada, Grecia?

—Yo no sé...

—¿Está contenta de vivir aquí, muchachita?

Me miró con sus ojos muy abiertos, cogió su batea y se alejó sin decir nada.

El silencio y la quietud volvieron a flor de agua y poco a poco se tendieron sobre el paisaje. De los altos árboles de surá de tronco esbelto, liso y claro, pendían largos flecos de musgo gris que a mí se me antojaban girones de viento que a su paso las rachas invernales dejaran allí prendidas.

La tarde era apacible, sin lluvia, lo cual no es corriente, ni aun en el verano, en esas regiones. El sol se ponía frente a la casa entre celajes amarillos.

Los huéspedes de la señora, nos fuimos a ver dar de comer a los cerdos. De pie en el tronco de un árbol derribado, Eva desracimaba bananos y los arrojaba a los voraces animales que hormigueaban y se debatían a sus pies.

Silenciosa y seria, pequeña y menuda. La brisa agitaba levemente su falda oscura que descendía en pliegues sumisos hasta los pies descalzos; la blusita se ajustaba de cualquier modo al pecho recto; el cabello liso, peinado en la trenza que caía sobre la espalda curvada en una línea triste.

Bajó de allí a ayudar a servirnos la comida: luego fregó la vajilla, arregló la cocina y por fin se sentó a descansar en una banca a la entrada, los ojos perdidos en el río, en donde la luz de la luna, que iba para su cuarto creciente, ponía un encanto lleno de mansedumbre.

Rafael salió, contempló el cielo y dijo:—Yo creo que mañana no llueve.

El viejecito carpintero que había venido a hacer reparaciones a la casa de la señora, repuso señalando la luna:—¡Hum! ¿Aquella está con el guacalito p'arriba...señas que está lleno de agua...

Todos se fueron yendo a buscar la cama. Yo me quedé en el corredor...

El estribillo melancólico de los cueros garabateaba la argentada paz de aquella noche; callaban los insectos y las aves acuáticas, y el río se deslizaba sin un murmullo hacia su destino. Al ver el imperceptible movimiento del agua fugaz, yo sentía como si ante mí pasara el silencio con toda su misteriosa majestad.

Cuando me retiré como a las diez, vi a Eva todavía sentada a la entrada de la cocina, con las cabezas de sus hermanitos dormidos, en el regazo.

La señora dijo con su tono perentorio:

—Susa, me llevo mañana a Eva. Mi hija necesita una china y queremos una muchachita honradita.

¡Aquella odiosa señora cuya riqueza le daba la petulancia que había

en el menor de sus gestos y palabras; que casi marchaba sobre la gente pobre como sobre terrones; con escudo, pedigríe, pelos en la cara y voz ronqueta; que recorría sus fincas con briches y botas altas; que montaba a caballo sin ayuda y salvaba los pasos difíciles sin permitir que los hombres le diésemos la mano!

Eva la miró sin comprender. Susa se volvió a su hija con sonrisa medrosa y le preguntó:—¿Vos querés, Eva?

—No es cuento de querer o no—replicó la señora. Se irá conmigo, ¿Y qué más puede querer esta muchacha?—continuó dirigiéndose a nosotros—Salir de este retiro, hacerse gente, conocer San José y ganar.

Yo repuse con sorna:—Sí, Eva, Ud. no puede imaginar hacia qué lugar la lleva su destino.

¡San José, el Teatro Nacional, parecido a la Opera de París; sus damas cursilonas y bien vestidas en el Recreo de los domingos; sus cines con jazz-band como en las grandes ciudades; su misa de diez o de doce, también los domingos. No pierda, criatura, la oportunidad de conocer una de las maravillas del mundo moderno.

Rafael dijo servil:—Sí, ¿qué más puede querer Eva? Susa, que ni an Grecia conoce ¡Y así a gusto como irá Eva, qué mamada!

.....
Esa noche yo no podía dormir. Sentía escalofríos de miedo al oír los chillidos de los murciélagos pendientes en racimos del techo o al sentir pasar entre las sombras su vuelo pegajoso.

Muy tarde percibí unos sollozos. Me incorporé y atisé con el oído: venían del rincón en donde dormía la muchachita...

(Tal vez sea bueno explicar que los huéspedes de la señora dormíamos en la misma pieza con la familia del mandador.)

.....
Otro día madrugamos. Había que salir muy temprano para librarnos del sol.

A aquella hora el campo palpaba con timidez, como una mariposa que acaba de abandonar el capullo. El crepúsculo matutino encendía en el agua luminarias rosadas. Ahora el río, al sentir la caricia del día sobre su lomo ondulante, corría con un murmurar plácido.

La flotilla compuesta de dos cayucos y un bote, abandonó el puerto. De los canales saltaban gotas como chispas; las riberas crepitaban; por el aire brillante volaban parejas de loras bulliciosas y montaña adentro, las pavas oscuras de copete amarillo armaban sus algarabías.

La señora ordenó a Eva se acomodara con ella en el bote. La muchachita se sentó cerca de la proa. Se notaba que se había puesto su mejor traje: una falda larga de zaraza color chocolate y una blusa de un salmón encendido; en la cabeza, su pobre sombrero de paja y en el regazo, el hatillo de sus trapitos.

Pocas veces en mi vida he visto una figura humana que me conmueva más. Se había hecho un puñito y toda su vida parecía concentrada en sus ojos que miraban con salvaje ansiedad en torno suyo.

Atrás quedaban Susa y los hermanitos agarrados de la falda materna, inmóviles, viendo alejarse a la muchachita. El techo de hojas de suite de la choza asomaba bajo la sombra grata de los árboles de pan.

Río arriba. Río arriba.

La vegetación monótona de las riberas: caña brava, gamalote, árboles de balsa en torno de los cuales las semillas de peluza dorada hacían pensar en enjambres de abejas volando al rededor del panal; de cuando en cuando el tronco bronceado de esos árboles que evocan el torso desnudo de un indio, y tan acertadamente bautizados por el pueblo con el nombre de *indio pelao*; o la alegría dorada de los altos *cortezas*, florecidos de amarillo en los veranos, maravilla de esas llanuras en donde se levantan como cúpulas de oro de templos magníficos. En los remansos el relampagueo de las escamas de los bobos, róbalos y guapotes, se confundía con el cabrilleo de la luz en el agua. Al acercarse los botes, se levantaban de los playones nubes de mariposas oscuras o blancas, o se veía desaparecer algún lagarto.

.....
¡Oh!, ¡muchachita esa! Ninguna de las magnificencias de la casa logró apartar su pensamiento de todo aquello juzgado como vulgar o insignificante por la señora y la familia: de Susa y de sus hermanitos; del río San Carlos, tan manso y silencioso en los veranos y salvaje y mugiente cual un toro en los inviernos; de la casita sombreada por los cuatro árboles de pan; de los rebaños de ganado de Nicaragua que pasan como ventarrones en busca del vado; de las pjaras gruñentes y sucias; de los maizales en donde se arremansa el viento...

Nada pudo hacerla olvidar: ni los magníficos muebles, ni los cortinajes, ni las alfombras, corredores de mosaico, árbol genealógico, escudo, gobelinos auténticos traídos por el abuelo de Europa, estatuas, ídolos orientales, biblioteca con ejemplares raros, colección de miniaturas, conversaciones trascendentales de arte, ciencia, política europea; platos que, como decía la señora poniendo los labios como un fusil de ga-

llina, no aderezaría mejor una cordon bleu; ni San José con su bullicio civilizado de gentes afanadas, tranvías y automóviles; sus parques y retretas, iglesias y ceremonias.

No habían podido vestirla más de acuerdo con la moda ni calzarla. Toda la dialéctica de la señora, todas sus órdenes se estrellaban contra el mutismo de la chiquilla.

Daba no sé qué verla deslizarse por la casa, la cabeza inquieta y alerta, todo el cuerpo contraído en una actitud de desconfianza.

.....
Habían transcurrido cuatro meses. Un día al entrar, me dijo la señora:—Venga conmigo, Juan.

Y me llevó muy adentro, a las habitaciones de los criados.

Allí, en una camita limpia y en un cuarto decente, bien distinto de la pieza oscura y sucia en donde dormía allá en su casa de San Carlos, estaba acostada Eva. (A la señora no le gustaba que nada desentonara en su casa de San José, y era una de las cosas por las cuales creía haberse ganado su palco de platea en la gloria de Dios, está de tener bien alojados a los criados que la servían en su casa de la capital).

Estaba la muchachita vestida con aquella su falda de color chocolate y su blusa salmón, prendas bien conocidas para mí y ya muy desteñidas a fuerza del uso y de las lavadas. A su lado, sobre la cama, su pobre sombrero de paja y su hatillo de ropa. Nunca la señora había conseguido que guardara esas cosas; había de tenerlas siempre a la vista, a pesar de lo feas que se veían! ¡Hay gentes que no entienden!

Tenía el rostro de un pálido verdoso, hundido en los pómulos y se notaba en todo el cuerpo una lasitud infinita.

Cuando entramos no abrió los ojos ni se movió.

La llamé:—¡Eva, muchachita!

No contestó. Le temblaron los párpados y dos lágrimas se le echaron a rodar por las mejillas.

—¿Quiere volver a San Carlos, muchachita, donde Susa, donde sus hermanitos y ver el río?

Entreabrió los ojos y me miró llena de esperanza. No conseguimos otra cosa. Hablé con el médico, un viejecillo inteligente. Le expliqué la vida de la chiquilla y aconsejó la volvieran a su tierra.

Y así hicieron.

Rafael vino por ella. Una mañana la ví salir tras él, con su falda larga y plegada color chocolate, su blusa salmón, la cabeza protegida por el inseparable sombrero de paja, roto y ajado... Llevaba al cuadril sus haberes en un motetillo. Marchaba tras su pa-

drastro con paso rápido, sin acordarse de su debilidad física. La orilla de la falda se le metía entre los talones al caminar, con un movimiento de inocencia y de pobreza que me conmovió.

Dobló la esquina y yo pensé que probablemente no la volvería a ver en toda mi vida.

La señora me contó después, los labios contraídos por el desdén, que se había marchado sin decir adiós a nadie de la casa. La criada que nos ser-

vía el té en ese momento—una campesina metida a señorita, con largos años de servicio en tan aristocrática morada,—comentó:—Es de lo más patillo que hay!

La señora añadió: Esas gentes son como animales, y mal agradecidas!—Luego hizo un gesto como si apartara una boronilla imaginaria, y se puso a hablar de otros asuntos, asuntos trascendentales, es claro, mientras se llevaba a los labios la coqueta taza

japonesa: de su reciente viaje a Europa el año anterior, de su visita al Santo Padre y de aquellos angelotes que sostienen las pilas de agua bendita en la Iglesia de San Pedro en Roma; de su último magnífico negocio: la venta de sus tierras de la bahía de Salinas a los yanquis.

CARMEN LYRA

San José, Costa Rica
Octubre de 1927.

Elogio de Alajuela

...“Convida la abundancia y fertilidad del terreno; la multitud de familias que lo desean y piden con ansia; la corriente de dos ríos que sin puentes, presas ni calzadas llevan el agua por donde quiera; lo blando del temperamento, que ni es frío ni es caliente; el repasto para los ganados y la caña dulce para los trapiches, a levantar en este barrio de La Lajuela un oratorio sagrado para las desamparadas ovejas de Dios y los fieles vasallos del Rey y aquí fundar lo que sin esperanzas alegres podrá ser en pocos años la población más grande de toda Costa Rica...” Por mérito de esas palabras que el bronce del reconocimiento vuestro debe perpetuar en los anales, la demanda piadosa y la videncia del modesto Párroco D. Juan Manuel del Corral, elevadas como una plegaria al Ilustrísimo Obispo don Esteban Lorenzo de Tristán, vino la casa del hidalgo Don Dionisio de Ocón y Trillo a ser consagrada para sede de la devoción cristiana, cuando precisamente, la fiera Zaragoza celebraba en España su gran día del Pilar en 1782, a fin de que todos los hijos laboriosos de los “Cinco Barrios” pudieran adunarse ante los altares de Dios para enjutar con el divino Credo sus angustias ancestrales y plantar con el brazo vigoroso los cimientos incommovibles de la ciudad heroica que triunfara en el porvenir!

Sobre la doctrina fatalista que al pie del Himalaya declaró en el Khaghiur de Buda el desencadenamiento de las almas; sobre el determinismo kármico que los montes misteriosos de la India trajeran a la Teosofía; sobre los Evangelios apostólicos que la sangre de Jesús inspirara en un Calvario para que los espíritus consuelen los pesares de la vida con las delicias de la muerte...y muy por encima del toscó materialismo germano que se alimenta de piedras y se tritura en el mortero o volatiliza en la retorta las más hondas inquietudes de la humanidad, aparecen donde quiera leyes inescrutables y enigmáticas, pero severas y absolutas siempre, que eslabonan con hilo de oro el destino de las sociedades, para no descoyuntar el proceso de la historia y que, cual estrías de la polea, siempre tornan a su punto de arranque a fin de mantener vivo el principio de continuidad que animara la filosofía de Pascal y convertir en realidad tangible la

idea de la reiteración incesante que, a pesar del avance evolutivo, se advierte y palpa en los acontecimientos del mundo.

Dentro de tal ruta ideológica que siguen los cirujanos de la Historia, desde que Taine dictó su *Tito Livio* para deducir y sentar las reglas que orientan la marcha de las sociedades y señalan el paso de los hombres, La Lajuela rústica de antaño que naciera en Villahermosa, por indicación feliz del Presbítero Corral, es hoy, una Alajuela ilustre, grande y próspera que con sus altos hechos, su talento y su franqueza, desgarró las clasificaciones del mapa y burla los escalafones del geógrafo, para ser eternamente la capital del heroísmo y el asiento del sacrificio en la vida de Costa Rica!

Hijos sois de la bondad de un Cura que sembró aquí piedad, adivinando, como fakir de oriente, todo el secreto de la pujanza que guardarán vuestros padres; y, si el viejo astrólogo medioeval hablara, declarados hijos quedaríais también, por la fecha singular de vuestro nacimiento, de la Virgen de la Pilarica que en la margen del Ebro supo infundir ánimos en Santiago para vencer al invasor y de la estrella de Colón que en vuestro mismo día—el 12 de octubre—tituló en el Cielo para redondear la Tierra!

Sobre tales premisas la incógnita de vuestro desarrollo incomparable deja de ser la X del comentador para trocarse en un Alfa real del sociólogo: sois el efecto brillante de una causa luminosa; el retoño floreciente de una semilla que sembró el patriotismo y la cuna donde se arrulla y crece la libertad nacional. Vástagos de la Pilarica que opusiera trincheras a la media luna para salvar la cruz, vosotros en Rivas encendisteis la antorcha de Santamaría para salvar la libertad; iluminados por la luz estelar de Colón, habéis descubierto en el Océano de las luchas el Nuevo Mundo del progreso, y encarnando el espíritu del Reverendo Padre del Corral, hoy lleváis, como el león del Testamento, entre los acerbos dientes que trituran los prejuicios, las injusticias y las ruindades, un panal de miel para endulzar con amor todo lo grande, lo noble y lo generoso!

El 25 de noviembre de 1821 los Alfaro, los Sandovales, los Figueroas, los Sotos, los Vargas, los Ulates, los Saboríos, los Cabe-

zas, los Fernández, los Castros, Céspedes, Ramos y Garcías—que en ese orden suscribieron el acta memorable—brillantes y notables representativos de la Villa y progenitores ilustres de esta sociedad nobilísima, en los portales del Cabildo juraron por sus más caras devociones “sostener la independencia absoluta del Gobierno español”. Y esa palabra de fidelidad al nuevo orden político establecido, no en vano la empeñaron entonces; pero no fué aquí la fórmula trivial de una promesa; ni la mera ilusión de un propósito—ya que los alajuelenses, desde la alborada de su vida, por encima de los huecos formulismos protocolarios, han buscado en la sinceridad descarnada la razón de sus hechos y encontrado en la verdad quemante el premio de sus esfuerzos,—sino el canto de honor, el mejor himno a la patria, la más armoniosa plegaria a los Cielos que hayan entonado nunca los costarricenses, porque tuvieron la ratificación de la lealtad y el sello de la sangre!

Todas las provincias juraron; pero cuando el imperialismo de Iturbide fermentó en nuestro suelo las ideas liberales, la Cartago de mis afectos, pensó federarse con Colombia; la Heredia de mis admiraciones, dispuso fundirse con México y únicamente vuestra gloriosa Alajuela, apoyada por San José, siempre fiel al acta del 21, supo en los campos de Ochomogo, dos años más tarde, abrir sus entrañas por Costa Rica para enarbolar el pabellón victorioso de la República.

Alajuela es el escudo de la patria y el alférez de la bandera nacional. Venir a Alajuela es visitar la madre, reverenciar la Historia y saludar el porvenir.

Vuestra comunicación con el resto del país no la establecen las ferrovías que os dan paso fácil hacia dos Océanos, ni el lecho apelmazado de las carreteras por donde los raudos carros pasan robando distancias para establecer anexionés; sino que se impone, como un golpe de martillo en la evocación de todos los pueblos, para enlazarlos con la gratitud que os deben.

Suprimase el nombre de Alajuela y se trocará en mudo cementerio toda la Historia de Costa Rica. El Presidente Alfaro ya no amparará la libertad de imprenta; ni fundará la Universidad de Santo Tomás, ni construirá camino para darle la mano a Puntarenas. Don Tomás Guardia— a quien aquí sólo recordáis por una pila en la plaza, dejará de ser la piedra

(Pasa a la página 263)

Una lección para estas patrias dormidas del Caribe

La independencia económica y política radica en la posesión de la tierra

HACE un año que, valiéndonos de datos contradictorios respecto a la extensión territorial de la República [Royo en su Geografía la estima en 48.577 ks. cuadrados, el Almirantazgo americano en . . . 50.000 y Enrique Deschamps en 60.000], su fertilidad y adaptabilidad a distintos cultivos, dijimos que: "Al paso en que el capitalismo americano acapara nuestras mejores tierras, dentro de veinticinco años sólo nos quedarán: las sabanas, las montañas y las regiones pantanosas del territorio nacional".

No exagerábamos cuando presagiábamos así ni estaba fuera de lugar nuestro vaticinio.

La prensa nacional, indiferente entonces a los *vitales problemas* del país, no quiso oír nuestra voz de alarma y ha necesitado que unos *tres mil* terratenientes dominicanos se hayan visto expropiados de sus predios de terreno, para hacerse eco del mayor y más efectivo peligro que se cierne sobre la República: *la conversión del terrateniente dominicano en peón del capitalismo exótico*, al enagenar la única base cierta de soberanía: la tierra.

Firmes hoy, como ayer, en nuestra convicción de que de la posesión de la tierra dependen nuestro desarrollo económico y nuestra libertad, volvemos a tratar la cuestión capital del reparto y dominio del suelo.

La República cuenta hoy con 21 ingenios azucareros repartidos así: Central Romana Inc. en la provincia del Seybo; ingenios Consuelo, Santa Fé, Quisqueya, Porvenir, Cristóbal Colón, Angelina y las Pajas, en San Pedro de Macoris; An-

drés Sugar Co., San Isidro, San Luis e Italia, en la provincia de Santo Domingo. En Azua, el Ocoa, el Ansonia y el Azuano; en Puerto Plata, los ingenios San Carlos, Amistad, Cuba, Mercedes y Monte Llano.

Tomemos como dato de mayor exactitud el del almirantazgo americano, que asigna a nuestro territorio una extensión de 50.000 kilómetros cuadrados de superficie. Tenemos pues que nuestra extensión territorial en tareas es de . . . 77.500.000.5.000.000 de hectáreas.

¿Es toda esa superficie susceptible de cultivo? ¿Son todas esas tierras de potencialidad agrícola, de condiciones telúricas aptas de producción y por ende, de importancia económica al país? No, veremos por qué.

Clasificando nuestras tierras en: sabanas, en calcáreas, en montañosas, llanas, de aluvión, pantanosas, semi-áridas, áridas y superáridas; y pasando a manos extrañas la "flor de nuestras tierras"—lo mejor—, para no volver jamás a ser patrimonio nuestro: ¿qué nos queda?

Los veintiun ingenios azucareros del país, que se

reparten entre sí nuestras tierras mejores, para dedicarlas a la siembra de la caña de azúcar, monte de reserva y potreros. Podemos asegurar sin pecar de exagerados, estableciendo la relación entre la producción de azúcar y el rendimiento, por tarea de caña en la República, la extensión de terreno que los ingenios tienen hoy en su poder es de 10.000.000 de tareas; llanas, fáciles de cultivar, aptas de convertirse en emporio verdad de riqueza pública y privada, sin los sofismas oficiales estadísticos, sino en efectiva riqueza circulante y potencial.

Asignando a nuestro sistema orográfico el 60%, que le atribuye la Comisión de Investigación de Washington, de 1905; tierra que, por su altura, pendientes peculiaridades topográficas, constitución geológica y clima, sólo sirven, en algunos sitios: para siembra de café, producción o propagación de Coníferas—pinos— y de plantas de climas templados.

Veremos, pues, que los terrenos llanos, ricos en aluviones; fáciles de roturar y cultivar, de mayor po-

tencialidad productora y económica se están yendo de nuestro dominio para enriquecer compañías extranjeras a quienes nada importa ni nuestro porvenir ni nuestra soberanía.

El capital no tiene entrañas y por esa peculiar condición que es palanca de su desarrollo, lo vemos en la República como en Nicaragua en México, Puerto Rico, Honduras, Haití y Cuba y en cuantos países ha escogido el capitalismo americano como campo de actividad. Domina ya no sólo nues-

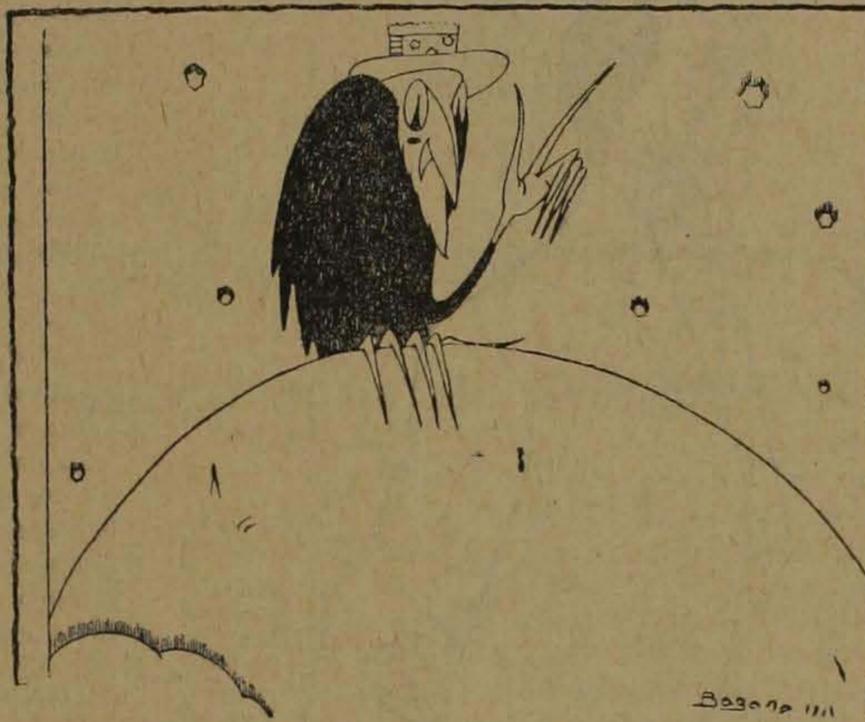
tras mejores tierras sino subordina a sus intereses la vida económica y política de la República.

Nuestra extensión territorial es pues de 77.500.000 tareas; los ingenios tienen bajo su férula 10.000.000, y nuestro sistema orográfico representa 46.500.000 tareas.

¿Qué extensión de terrenos aptos de una producción variada y de potencialidad económica salvadora de la estabilidad soberana de la nación nos queda para la República de hoy y de mañana? De tierras llanas sólo nos quedan 20.000.000 de tareas, de las que es imprescindible deducir: las sabanas—tierras sin valor agrícola—, las superficies superáridas de las provincias de Barahona, Azua, Bani y Monte Cristi.

Apreciando el área cultivable de la República en 59.850.000 tareas (tierras altas y llanas) y calculando nuestra población nacional actual en 1.000.000 de habitantes ¿qué nos queda per cápita como área cultivable? CINCUENTINUEVE tareas OCHENTICINCO CENTÉSIMAS. ¿Qué tendremos para el año

(Pasa a la página 271.)



La doctrina de Monroe

— No entendisteis bien su doctrina: ¡América para los norteamericanos!...

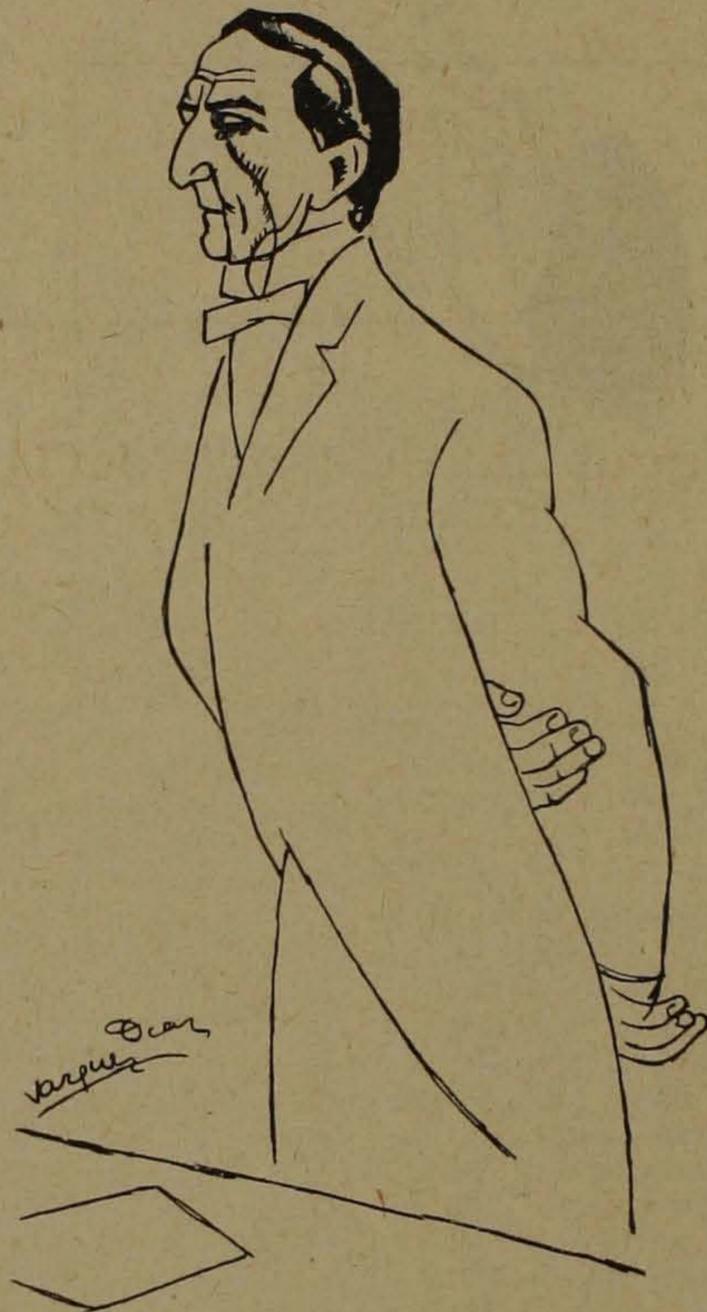
EL presente panorama intelectual de España, principia en una agonía, la de Unamuno, y termina en otra agonía, la de Maeztu. La agonía de Unamuno, es la agonía del liberalismo absoluto, último y robusto brote del terco individualismo ibero y de la tradición municipal española. La agonía de Maeztu, es la agonía del liberalismo pragmatista, conclusión conservadora y declinante del espíritu protestante y de la cultura anglo-sajona. Mientras a Unamuno su donquijotismo lo empuja hacia la revolución, a Maeztu su criticismo lo mueve hacia la reacción.

El caso de Maeztu, ilustra, elocuentemente, la crisis de la «inteligencia» en la Europa contemporánea. El reaccionario explícito e inequívoco, no ha aparecido en Maeztu sino después de tres años de meditación jesuítica y de duda luterana. Para que el pensamiento de un intelectual, formalmente liberal y orgánicamente conservador, haya recorrido el camino que separa a la reforma de la reacción, han sido necesarios tres años de experiencia reaccionaria, planeada y cumplida de modo muy diverso del que habría sido grato a un especulador teórico. El hecho ha precedido a la teoría; la acción a la idea. Maeztu ha encontrado su camino mucho después que Primo de Rivera.

El «intelectual» europeo contemporáneo nos revela, a través de este caso, su impotencia ante la historia. La «inteligencia» profesional se muestra incapaz de influir en sus fases y hasta de prever sus hechos. Cualquier general casinero y crapuloso puede **realizar** en una noche lo que un pensador austero y monógamo se verá forzado a **aceptar** años más tarde después de dramáticas hesitaciones.

Don Ramiro de Maeztu se había adherido tácitamente a la dictadura de Primo de Rivera desde hace tiempo. Se le tenía como un mentor espiritual de la dictadura desde antes que su firma y su pensamiento se desplazaran del diario de la burguesía liberal al órgano de Primo de Rivera. Pero sólo su pase de *El Sol* a *La Nación* ha tenido el valor de una adhesión explícita y categórica al régimen militar. Hace tres años, paseaba su mirada y sus lentes de pastor anglicano por el panorama conflagrado del mundo,

Ramiro de Maeztu y la dictadura española



Ramiro de Maeztu

(Dib. Vázquez Díaz)

para proclamar melancólicamente la quiebra de la política reformista y atribuir esta responsabilidad no al agotamiento de la función histórica y la capacidad progresista de la burguesía sino a la ofensiva revolucionaria del proletariado, inexpertamente lanzado al ataque por jefes culpables, entre otras cosas, de no haberse inspirado en el persuasivo dictamen de Maeztu y otros retrasados retores de la democracia burguesa. Más, entonces Maeztu evitaba aún la apología de las dictaduras reaccionarias, consideradas como la repercusión fatal pero no plausible de las dictaduras revolucionarias. El liberalismo sufría una moratoria y esto estaba ciertamente mal; pero esa moratoria tenía por objeto dar jaque mate a la revolución y esto estaba evidentemente muy bien.

La responsabilidad de Maeztu y de todos los intelectuales que como él se convierten en angustiados apologistas de la ley marcial, aparece atenuada por los hechos que, bajo el vigor de ésta, han demostrado la falencia del liberalismo y el reformismo. El espectáculo penoso de las abdicaciones y transacciones de los políticos constitucionales, —reducidos al pobre papel de servidores licenciados que aguardan pasivamente del monarca la orden que los restituirá al servicio de la constitución y la monarquía— no puede naturalmente ser muy alentador para la ya gastada fe de un liberal revisionista y desencantado.

Pero esto no nos dispensa de denunciar la absoluta insolencia del pensamiento reaccionario que con tanto retardo sigue a la violencia conservadora. So-

metiéndose y enfendándose a la política de Primo de Rivera, Maeztu se comporta con perfecta sinceridad burguesa, pero con rigurosa ineptitud ideológica.

Este escritor documentado e interesante, que durante tanto tiempo se ha alzado a estimable altura sobre el nivel general del periodismo español, ha renegado íntegramente su liberalismo sin sustituirlo por una doctrina más viva o al menos por una fe más personal. En la política concreta, no caben posiciones individuales. Los retores pueden lograr alguna originalidad en el discurso, pero ninguna en la acción.

La única originalidad que les resulta dable a veces es la de la contradicción. A Maeztu, por ejemplo, que considera la civilización como un ahorro de sexualidad, coincidiendo en esto con Jorge Sorel—quien escribía que «el mundo no se hará más justo sino en la medida en que se hará más casto»—le toca dar su adhesión a un régimen que exhibe todas las taras del flamenquismo y del donjuanismo españoles y al que preside, como a una juerga, un general de casino sensual y mujeriego, lo más distante posible del puritanismo y la religiosidad designados justamente por el mismo escritor enjuiciado como la levadura espiritual de la potencia y la grandeza anglo-sajona.

El parlamento de Primo de Rivera

LA dictadura española ha querido celebrar su cuarto aniversario con la convocatoria a la asamblea nacional tantas veces prometida por Primo de Rivera desde que, conchabado con don Alfonso XIII, restauró en España, con especiosos disfraces, la monarquía absoluta. Esta asamblea debía haber sido, —conforme al ambicioso designio de Primo de Rivera, cuando enfáticamente anunciaba la inauguración de un nuevo régimen destinado a rehacer España,— una asamblea con poderes de constituyente. Pero en estos 4 años los planes de la dictadura han sufrido más de una metamorfosis. La idea de la asamblea nacional ha encontrado, según se ha dicho, no poca resistencia en la propia monarquía, temerosa de dar un paso excesivo, superior a su

(Pasa a la Pag. 266)

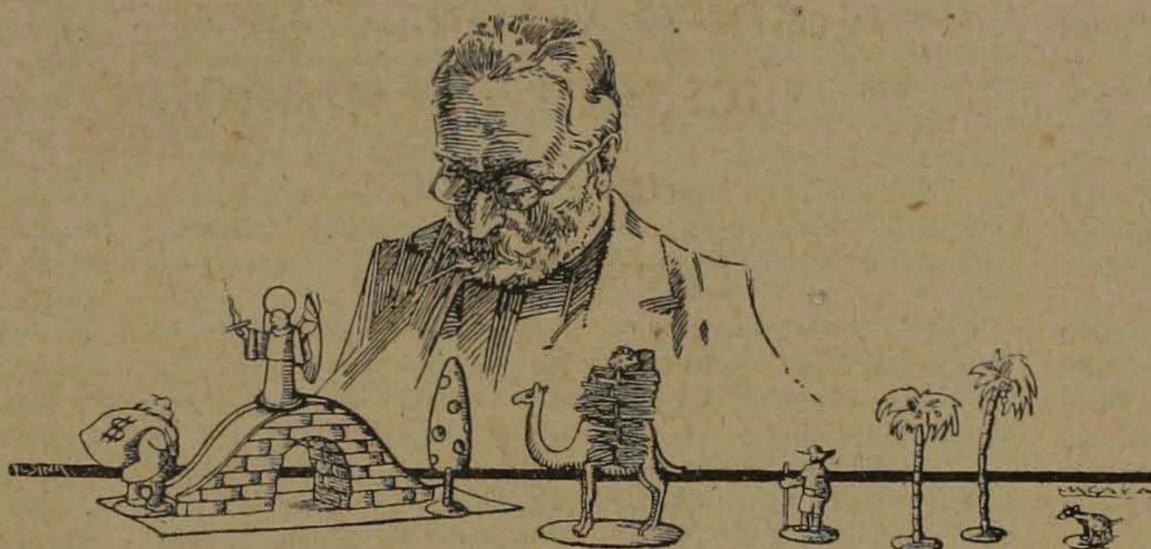
Yo no acabaré nunca de entender por qué se desterró a don Miguel de España. No hay nada menos motín sindicalista que este hombre incapaz hasta del grupo mínimo. Nunca se descubrirá ni siquiera al primo de Unamuno, no digamos el cofrade. Su hermoso semblante vuelto religioso por el cotidiano pensamiento superior, pondrá siempre gesto de repulsa a la barricada.

Y si no puede ni siquiera hacer motín ¿por qué se creyó, y se sigue creyendo, su presencia dañina en España?

Lo que él allá hacía: decir cada tarde a sus amigos de Salamanca o escribirlo en cartas a los de América, que la dictadura era torpe y medioeval. lo dice en Madrid (yo lo he oído), entre vaso de café y vaso de café, cualquier madrileño, en chacota o en trágico, y el Gobierno se guarda bien de ponerse en ridículo con destierros en masa, a lo Mussolini. Esta dictadura de Primo de Rivera, que se defiende con el dato verdaderamente singular de que no ha decretado ni una pena de muerte ¿por qué es cruel, de una larga y subrayada crueldad con el noble viejo?

El me decía a mí que anda en su asunto odio ácido de mujer (odio que es pequeño y vigilante como el diente del ratoncillo). Y, en verdad, no contiene raciocinio viril ni ademán militar esta persecución insistente de un varón cuya honra es cosa inrayable y con el que cualquier abuso de fuerza se vuelve especialmente odioso.

Dos o tres años quedó vacante su cátedra de griego en Salamanca. Yo separo, para guardarlo entre los pocos hechos limpios de nuestro tiempo, el ejemplo de esos profesores españoles que dos o cuatro veces leyeron la convocatoria a concurso para reemplazar a su sabio y no se presentaban, haciendo fracasar el concurso. Ha habido profesores pobres (y pobre de España es pobre cabal) necesitados de una plaza; ha habido también maestros



Cinco años de destierro de Unamuno

=De El Mercurio, Santiago de Chile=

con preparación si no igual, próxima a la suya, en cultura clásica, que desean ejercer en Universidad prestigiosa, y unos y otros huyeron la baja tentación de reemplazar al colega doblemente ilustre por el genio y la civilidad conciente. Era esto muy gesto español, muy golilla alta. A mí me emocionaba más que las arengas del Cid. Pero al fin se halló un candidato y, por desgracia, fué un cura. La plaza se llenó: ipobre profesor con semejante sombra a su espalda, en el pupitre! El atolondrado, sea quien sea, ha echado a perder uno de los actos colectivos de honestidad más perfecta.

Pero si se ve como muy problemático el que Unamuno pudiera dañar seriamente a la dictadura viviendo en España, con la creación de un nuevo partido opositor, por ejemplo, o con el agujoneo de los actuales, se advierte a la simple vista que, en Francia, le ha dado golpes mortales por el solo caso suyo, llevado y traído en periódicos, revistas y centros literarios.

Fuera de los hispanófilos franceses, que no llegan a la treintena, el público francés se daba el gusto de ignorar al escritor por completo, como ignoró a Eça de Queiroz que vivió en París no sé cuantos años y al que todavía desconoce. Don Miguel no buscó traductor ni editor. Se sabe su probidad literaria, y su áspero desdén de los que talonean tras de la fama, por hedionda comadre que ella sea. Y sin que él buscara nada, ni aún por excusable tentación de poner un éxito en el otro brazo de

la balanza que contiene su desgracia, él ha tenido en París a manos llenas editores, crítica efusiva y redondeado triunfo. Se le traducen una novela y otra novela, una colección de ensayos seguida de otra colección. A Dios no se le ha secado la mano para lavar con el aprecio de los mejores, las torpezas de los otros. Con Valle Inclán y Gómez de la Serna, hace el grupo español domiciliado ya definitivamente en esta lengua, que nunca ha tenido hacia la del otro lado despilfarro de generosidades. A los sesenta años, como Chesterton, sólo hace poco traducido, él entra al francés en gran señor del habla menospreciada en todas partes. De este modo el Don Miguel "enemigo de la raza", como dice por ahí cualquier energúmeno fácil, la sirve y la alimenta de honra, la lleva en sí, hecha don Miguel de Unamuno, artista mayor y hombre sin ajadura.

Su condición de desterrado, en país de civilidad tan ejemplar como Francia, (Dios se la guarde y el diablo fascista no se la muerda) ha añadido algunos gramos al entusiasmo netamente artístico; pero cuidado con repetir la majadería de un adulón según el cual su éxito literario en Francia viene de izquierdismo malicioso. ¡Qué necesidad tiene un escritor de su tamaño de contar una campaña política para ser aupado por masonerías y leninismos! Cuidado con la envidia, goyescamente bizca, que también querría mellarle esta espada limpia de su éxito.

Sin ningún servilismo hacia la capital literaria en que ha

sido festejado, se le siente, al contrario en la conversación de cinco horas, español hasta la planta de los pies, español aquí en la tierra y en el cielo, más acérrimamente hispano que el Cervantes que comentó.

El podrá estimar otras razas y sentarse a conocerlas como acatar un vino algunas semanas. Lo que no logra es amar manos que no rice un gesto de pasión castellana y cuyas

virtudes tengan otros nombres que él no aprendió y que ya no puede aprender: ponderación, ritmo sin salto, y sentido común a lo La Fontaine.

Me han contado que de su casa de París (de su apartamento sobrio y casi pobre) se iba por el Metro a un café en que tenía españoles e hispanófilos franceses, a conversar, y que de ahí volvía a su casa por el mismo camino sin ver París, sin pedir noticia de music-halls, con una indiferencia fabulosa de la "Ciudad de las Complacencias". Un día no pudo más con los bulevares y la Plaza del Carrousel, y se fué a su Hendaya casi española. Hendaya le ha dado, entre otros, un poema que yo no he podido leer sin llorar, desgarrón de ese corazón setentero tan robusto como el algarrobo chileno.

Allá se ha ido a vivir, dicen los aduladores, para aprovechar el primer desorden y pasar la frontera.

Allá se ha ido por recibir más pronto la carta de la mujer y de los hijos y, sobre todo, por tener a su alrededor, en pueblo pirenaico, algo siquiera de la costumbre, del traje, del mueble, de la casa, del rostro españoles. Nunca entenderán los patriotas del tipo "Marcha de Cádiz" la tragedia de este hombre que vivió refunfuñando contra pequeñas fealdades de su raza, por hambre de la patria perfecta, queriéndola como a mujer intachable, porque era suya, nunca acabarán de entender, digo, esta manera secreta de nostalgia que casi es agonía. Si fuese un plañidero, escribiría

día por día su pena en páginas lloronas que conmovieran a sus adversarios. Pero es ultra varón y sólo de tarde en tarde, como en el discurso conmovedor de Montalvo—ese otro azotador—la amargura le atraviesa el espesor de la dignidad arisca y le destapa la garganta.

Con los tres cuartos de España vivía de acuerdo, allá en su Salamanca que de suya, pudiera llamarse como él; con el otro cuarto se peleaba y se sigue peleando. Este hombre no ha escrito en España sino como quien dice, con España, con ella de mano, de tinta y de papel. El absurdo mayor con que pueda toparse en este mundo es el de Unamuno, español al rojo-blanco, español cuyos tuétanos pueden con su Cervantes, sus místicos y sus capitanes, desposeído de tierra española bajo sus pies.

En 1923, muchos tomamos su destierro en broma. Eso sería una temporada cerca del mar, con viento salino grato a tan rojos pulmones. Y no era eso, sino una verdad que va tomando aspectos de tajadura definitiva. Cinco años, cuando se ha llegado a los sesenta, son cifra importante; los cuenta, día por día, un viejo que tiene muchos—seis u ocho—hijos; los ve pasar, sin parpadeo de olvido, su noble mujer, y muchas veces habrá pensado si se le va a morir lejos de sus ojos el compañero. ¡Y qué compañero de los viejos tiempos en que elegir mujer era solemnidad como de tomar órdenes en religión!

Los que le queremos con cariño aupado en reverencia, hemos callado con no sé qué pueril certidumbre de que un

hombre unamuneco no se muere fácilmente, porque contiene metales y cauchos en que la muerte tiene para rato. Pues bien, puede morirnos en estúpido trance de destierro nuestro viejo amado, y entonces vendrán los desagrazos y los reproches de velación de difuntos.

España ha empezado de lleno a ocuparse de la América. Desde allá se sigue con aprecio la obra gubernativa de la Ciudad Universitaria. Sin engreimiento podemos decirle que nos merecemos cuanto comienza a hacer por nosotros, pues también empieza a crecer en América un nuevo orgullo español, un sentido claro, como nunca lo hubo, de la honra que representa llevar nombre, rostro y modo españoles. Se desarrolla una verdadera segunda españolización de Chile, de Colombia, hasta de la Argentina.

Pero es necesario decir que durante cincuenta años nuestra única relación con la España olvidada de nosotros, fué conservada y defendida por sus escritores. Para el hispanoamericano que no viaja y no llegará nunca al Escorial y para el que no lee historia, su España viva se la daban Galdós, Pereda y Núñez de Arce primero, después los otros, los Unamuno, los Ors, los Gasset, los Marquina, los Baroja y la admirable generación última, que ha creado, en parte, nuestra nueva sensibilidad y ha cernido, para nosotros, la cultura de Europa. La política española de acercamiento apremiante que desarrolla el Rey en este momento, tiene, pues, una deuda profunda con cada uno de esos que, a su manera

desarrollaron diplomacia vital durante el torpe receso y que evitaron la desvinculación hacia la que se iba derechamente. En jerga oficial esto lo llaman "merecer bien de la Patria".

Unamuno viene a constituir uno de los máximos deudores, en este sentido, del Gobierno español.

Que se vea, pues, una cosa naturalísima en el que cualquier hombre o cualquiera mujer que escribe en Chile o la Argentina, recuerde con tono angustiado a los dirigentes de España lo que significa el Unamuno suyo y de ella, completando cinco años de destierro. Otra cosa fuera zafarse de los intereses de la raza y probar, en la indiferencia, el descastamiento. Es negocio que nos compete la vida y la dicha de Unamuno.

El hombre que recibe en el viento de Hendaya el olor de su tierra, querida de modo casi

sobrenatural, tiene derecho a contar con todo el suelo de España, no digamos con los cien metros de su casa.

—No conoce usted a Unamuno, si cree que él va a aceptar gracia o cosa parecida, de la dictadura, me dice, mientras escribo, un amigo. El no entrará a España en Unamuno agraciado benévolamente; esperará llegar en Don Miguel de Unamuno, con Don pleno y sin deuda contraída hacia gentes inferiores a él.

Y me deja su reparo en perplejidad. Que vuelva, que vuelva, en todo caso a su tierra que sin él parece como desahrida, porque su sabor más absoluto en él está como en nadie, así hable, o escriba, o dispute, o solamente mire con su ojo severo y limpio de santo ciudadano.

GABRIELA MISTRAL

Montpellier, agosto de 1927.

Ramiro de Maeztu...

(Viene de la pág. 264)

mediocre y achulado oportunismo borbónico. Varias veces la convocatoria a la asamblea ha parecido inminente; otras tantas la ha frustrado al desgano de don Alfonso para esta gruesa jugada. Y en esta difícil gestación la asamblea se ha achicado a tal punto que ahora que nos la enseñan al fin nacida, casi no la reconocemos. Nó por que la esperásemos más o menos apta y válida, sino por que no es la misma de que Primo de Rivera, con jactanciosa paternidad, nos había anticipado el diseño.

La asamblea de Primo de Rivera, conforme a la descripción que nos ofrece de todas sus piezas y funciones el decreto de convocatoria, es un modesto instrumento de legislación, de facultades muy restringidas, que recibe sólo el encargo de elaborar el anteproyecto de la reforma constitucional. El personal, de elección real, pretenderá representar nada menos que a la nación; pero, en verdad, no representará sino a la clientela de la dictadura. La representación subsidiariamente acordada a algunas categorías del trabajo intelectual o manual no alcanzará a conferir una autoridad siquiera aparente a este parlamento larvado.

Habría sido bastante comprometedor para la monarquía española el confiar a una asamblea designada por el rey la reforma de la Constitución. Por esto, la facultad de la asamblea ha quedado reducida a la mera confección del proyecto respectivo. La reforma resulta así aplazada al menos por los tres años fijados como término a la asamblea. Este plazo de tres años es también, en consecuencia, el que provisoriamente se señala a sí misma la dictadura para continuar su experimento.

Desde su aparición, esta dictadura se ha presentado modestamente como un gobierno a plazo fijo. No ha osado atribuirse la misión de reorganizar por sí misma el Estado español. Primo de Rivera ha comprendido siempre que debía renovar periódicamente a sus compatriotas la garantía de su interinidad. El lenguaje de su gobierno hasta en sus más fanfarronas proclamas, es íntimamente el de un gobierno provisorio.

Esta es una de las cosas que más profundamente diferencian a la dictadura de Primo de Rivera de la de Mussolini. El fascismo no conoce la preocupación del plazo. Se siente definitivo y perdurable. Emprende sus reformas, directa e inmediata-

Agencia del

REPERTORIO AMERICANO

EN BUENOS AIRES

REPUBLICA ARGENTINA

SANTIAGO GLUSBERG

Esmeralda 247.

mente. Tiene una idea mística de su función histórica. Además de todo lo que personal e intelectualmente separa a Mussolini de Primo de Rivera, los distingue y distancia, desde un punto de vista político, el hecho de que el primero tiene tras de sí un partido fuertemente organizado, mientras el segundo se apoya en un séquito precario de elementos sin cohesión, congregados eventualmente en torno suyo por el influjo del poder.

Primo de Rivera tiene siempre el aire de pedir permiso para seguir, Mussolini obra como si estuviera totalmente seguro del consenso indefinido de su pueblo. El general juerguista ignora aún la magnitud de su aventura. Teme mucho los riesgos de exagerarla. Puede ser que ambicione la duración ilimitada de su poder. Pero se propone ganarla por prórrogas

sucesivas, como una suma de interinidades.

Basta este rasgo para juzgar la incurable mediocridad de la dictadura española, cuya subsistencia se explica únicamente como el resultado de un conjunto de circunstancias y elementos negativos: la descomposición de los viejos partidos constitucionales; el descrédito del régimen parlamentario; la impotencia de los líderes liberales o reformistas; la inmadurez del proletariado, cuya educación revolucionaria ha sufrido de una parte la influencia enervante del socialismo domesticado y de otra parte el efecto disolvente del sindicalismo anarquista.

La esperanza de los políticos desalojados del gobierno y del parlamento por el golpe de estado de Primo de Rivera, se ha alimentado hasta ahora de la

confianza en la incapacidad constructiva de la dictadura, sin tener en cuenta su propia insolvencia en este plano. En vez de una actitud positiva y combatiente, han preferido oponerle una actitud pasiva y expectante. Licenciados por el rey, no han sabido rebelarse contra la monarquía desleal al pacto del cual emana su autoridad. Hoy mismo, la convocatoria de esta asamblea, que cancela sus ilusiones, — porque dentro de tres años el desamparo de los viejos políticos será más grande aún que ahora — en vez de empujarlos a una acción de resuelta defensa de los principios liberales contra la monarquía, les inspira apenas el gesto inocuo e impotente de retirarse a la vida privada o de reprochar, melancólicamente, al rey, una infidelidad que están, sin embargo, dispuestos a perdonarle.

El único documento serio, entre los que recogen la protesta o la queja de los políticos despedidos del servicio real, parece ser la carta de Sánchez Guerra, porque recuerda a Alfonso XIII que su familia reina en España por haber representado el principio de la monarquía constitucional en oposición al principio de la monarquía absoluta encarnado por el carlismo.

Si esta tesis hubiese sido sostenida por todos los líderes de los grupos constitucionales en una forma beligerante y agresiva, es probable que Alfonso XIII, no habría autorizado a Primo de Rivera a esta continuación de su aventura.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Lima, Perú.

1962, cuando indudablemente estará duplicada la población nacional y tengamos entonces 2.000.000 de habitantes. La tierra disponible per cápita será el estrecho límite de un campo de base ball, es decir, un mezquino pedazo de tierra en donde hay suficiente para una población de 10.000.000 de almas siempre que la adquisición de tierra por el capitalismo americano se detenga por obra de un milagro que no ha de suceder!

Nuestro problema agrario es, pues, pavoroso.

Citaremos algunas cifras elocuentes en conexión a este artículo para propia edificación — sobre todo del gobierno nacional y los menguados de espíritu que han vendido sus plumas al gobierno para ocultarle la verdad al país — que se refieren a cuantos países viven la desorientación e indisciplina del caudillaje para doblar la espina dorsal a Wall Street y congratularse con el amo común: Washington!

Para esos pueblos y los gobiernos de esos pueblos — inclusive el nuestro — son estas cifras que crispan todos los vellos del cuerpo y ponen en completa rebelión la conciencia.

La independencia económica y...

(Viene de la página 263)

Dice el tratadista de economía política americana, Chester Lloyd Jones, en su obra *Caribbean Interest of the United States*:

«Tenemos en nuestro poder — el capitalismo americano — el 80% de las mejores tierras de Cuba, el 80% de las mejores tierras de Puerto Rico, el 65% de las tie-

rras de mayor porvenir industrial — se refiere al petróleo — de México.

«Controlamos el asfalto de Venezuela, el petróleo de Colombia, las plantaciones de guineos de Costa Rica — sus mejores tierras — que representan para nosotros 7.000.000.000 de guineos al año. En Honduras tenemos

un control financiero absoluto así como en todos los países desde Nicaragua a las Antillas hispanoamericanas junto con Panamá y los países adyacentes. Sus finanzas, sus tierras, sus riquezas minerales, sus industrias, su potencialidad económica están bajo nuestra férula y lo estarán más a medida que el interés de nuestra expansión económica aumente».

Nada más debemos agregar para presentar ante la conciencia ciudadana el cuadro pavoroso que el imperialismo americano nos ofrece!

¿Tendremos todavía el valor de pregonar ante el mundo que somos pueblos libres y soberanos?

No es con leyes adjetivas como detendremos el mal incalculable de los latifundios — tentáculos del pulpo imperialista —; es con la nacionalización de la propiedad rural como podremos detener el impulso del capitalismo americano para evitar que nos lleve al coloniaje definitivo.

En la posesión de la tierra está nuestra libertad. En su cultivo debemos cifrar nuestra independencia económica — baluarte de nuestra soberanía — sin necesidad de oír a Turgot, a

Cómo se contrata un empréstito

CUENTA el cable que los americanos del Norte están disgustados con Polonia y se niegan a concederle un empréstito, porque el mariscal Pildsuski, que es un hombre de estado y sabe defender los fueros de la soberanía, no accedió a las pretensiones de los banqueros americanos de controlar el banco del estado. Polonia está dispuesta a tomar un empréstito americano y a conceder en cambio lo único que puede pedir un prestamista: las garantías del caso de que los dineros que presta le serán pagados. Pero los americanos querían algo más y el mariscal Pildsuski se negó a conceder ese algo, que era incompatible con la soberanía polaca.

Es este un ejemplo digno de imitarse. El gobierno de Polonia ha mostrado cómo es que debe contratarse un empréstito. Si hubiera cedido en este particular, las exigencias habrían sido cada día mayores, porque en el camino de las concesiones al extranjero se sabe donde se principia pero no dónde se termina.

(El Tiempo, Bogotá)

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Adam Smith, a Hume, a Dupont de Nemour a Fernando de los Ríos, o a los mil tratadistas de economía política que señalan la tierra como la matriz de producción de los pueblos.

Nuestro problema agrario es de sentido común—el menos común entre nosotros—de verdadero gobierno, ese que legisla para el porvenir, ese que hace producir el

sustento de la nación y deja margen para la venta de un superavit apreciable, ese que educa y edifica y defiende como hiena enfurecida su cría, la protege contra el peligro y levanta

la nacionalidad a la cúspide gloriosa en que coloca la Libertad a los pueblos dignos del mundo.

B. DE HOSTOS

(Patria, Santo Domingo)

Elogio de Alajuela

(Viene de la página 262)

angular del progreso costarricense y tendréis que ir a lomo de burro por veredas de huleros y contrabandistas y no adormecidos sobre blandos cojines, al floreciente puerto de Limón. Don Próspero Fernández, a quien el iconoclasta derribó en un parque josefino, será anónimo en los libros del liberalismo y la casulla de los jesuitas continuará, como una sombra de Edipo, alarmando a la juventud reaccionaria. Don Bernardo Soto será el mozo gallardo y simpático del 85, pero ya no el nervio de los códigos del 88, ni el fundador de las escuelas de don Mauro, ni el motor que impulsara como nadie el desenvolvimiento institucional del país. Don Julio Acosta no será el puente espiritual que la magnanimidad tendiera entre la tragedia y la paz, con el loable objeto de que la patria siga su jornada sobre rieles, sino un fogoso Eufasio Méndez que florea las columnas de *La Tribuna*; pero sobre todo don León Fernández, el Menéndez y Pelayo nuestro, que desentrañó de los archivos de Sevilla la existencia costarricense y a quien vosotros recordáis con un mármol, cuando fuera más útil perpetuarlo en nuevas ediciones de su obra sin par, sólo figurará entre los caballeros valerosos o entre los discípulos de Juvenal, cuando es para los estudiantes el más alto mentor del Colegio Costarricense. Y trasladándonos al vivac: suprimid por un instante la tea de Sentamaría, la espada de Víctor Guardia, el arrojito de Alfaro Ruiz y el valor abnegado y patriótico de cien próceres lacedemonios que el denuedo alajuelense ofreció como trinchera en los corrales de Santa Rosa, como manto de púrpura en las calles de Rivas y como vela mayor en las aguas del San Juan y habréis arrancado de la crónica costarricense su página de honor, borrado su mejor fecha, convertido en trizas la epopeya y clavado no en la plaza de Granada, sino en la Catedral de San José, la lanza de Walker con el rótulo fatal de: «Aquí fue Costa Rica.»

Observa Zamacois en su interesante libro sobre occidente que Centro América pasa una Edad Media. Si él hubiera estudiado vuestra historia; si él como el avatar de los espiritistas—se hubiese incorporado en vosotros, a buen seguro que excepcionaría a Alajuela, donde el talento, el carácter y la hidalguía, no hablan de sombras sino de luz.

Pueblo de tales antecedentes, que hoy vive en el corazón de Dios y en la grati-

tud de la patria, está más obligado que ninguno, por sus mismos triunfos del pasado a ser el portabandera de las avanzadas que emprenden la defensa del porvenir...

JOAQUÍN FERNÁNDEZ MONTÚFAR

Coronado, 11 de Octubre de 1927.

Señor Licenciado

Don Joaquín Fernández Montúfar,
Cartago.

Muy estimado amigo:

Vengo a darle las más expresivas gracias por el amable envío de *La Serpiente Azul*, y muy especialmente por el elogioso recuerdo que en su magnífico discurso consagra usted a mi malogrado padre.

Sólo como una coquetería intelectual me explico lo de la indulgencia que usted me pide. No la necesita usted en verdad de nadie. En su hoja realiza el *tour de force* de vestir con ropaje poético un asunto tan desprovisto de poesía como la política en general y la nuestra en particular. Yo le leo a usted siempre con gran placer, y esta vez ha venido a sumarse al placer la gratitud.

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos en la semana

DEL INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA. (Reconquista, 575. República Argentina: *Lucía de Miranda*, drama por Miguel Ortega.—Sección de Documentos. Tomo IV, N° 5.—Buenos Aires, 1926.

DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN, Rep. Argentina: *Estudio botánico y químico de la Werneria Poposa Philippi*, por el Dr. Fidel Zelada.—B. Aires 1927.

DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN:

Su organización y finalidades, según sus Planes de Estudios y Programa Catálogo de 1917.—B. Aires 1926.—*Voces tucumanes derivadas del quichua*, por Manuel Elizondo Borda.—Publicación de la Universidad de Tucumán, 1927.—*Diccionario Analítico-Sintético-Universal*, por el Presbítero Miguel Angel Mossi. Publicación hecha por la Universidad Nacional de Tucumán. 1926.

Noto que al hablar de los hombres que han dado lustre a Alajuela, se le quedó a usted en el tintero don Gregorio José Ramírez; pero el olvido es muy explicable, porque este gran patriota y paladín del liberalismo en la aguda crisis de 1823, es muy poco conocido en su misma patria. Abrigo la esperanza de que mi próximo librejo sacará su memoria del injusto olvido en que yace.

Le escribo desde este pueblo, donde me encuentro por motivo de salud haciendo una vida vegetativa.

De nuevo mil gracias y siempre suyo afmo..

R. FERNÁNDEZ GUARDIA.

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Mi pecado

ESTE es mi pecado, mal emborronar papeles...mi amor por el arte, ese es mi pecado...

Sí, pertenezco a ese grupo de individuos que no están en la tierra, a ese grupo de individuos que no sirven para nada, a ese grupo que sueña y tiñe de negro tiras de papel.

Cuántas horas perdidas! Cuanto tiempo robado a la realidad redondeando una frase!

A ese grupo pertenezco, que no emprenden en la vida tarea alguna ordenada...a esos infelices que detienen su marcha porque han visto una flor; porque a la vera del camino se descuelga agua que hace fuente; porque un árbol se ha vestido de nuevo.

Llevan razón, ¿para qué pueda servir quien en la vida no pasa de la infancia y que ahora como de niño anda con su bolsa de mariposas a caza de belleza?

Para que puede servir quién que se aferra a los libros! Un molusco de libros!

Infeliz que se exalta por un pensamiento vertido en decir puro...! ¿No ha de ser infeliz quien conmueve una línea?

Pobre que se preocupa de la tonalidad que el Sol comunica a la nube, que se queda contemplando el vuelo de un ave...

...y sin embargo, acaso por lo absurdo, acaso por pecado amo este mi pecado, esta vida inútil que me hace amar la naturaleza y que por momentos me hace sentir que vivo la vida, ¿este pecado mío!..

MAX JIMÉNEZ

San José, Costa Rica.



Magda Portal

Por PANTIGOSO

Dos libros revolucionarios

Una esperanza y el mar,
por Magda Portal.

Radiogramas del Pacífico,
por Serafín del Mar.

Una conversación conmigo misma

—Claro. No basta la mera revolución de la forma. Lo interesante es transmutar la esencia de las cosas. Decir, en forma nueva, cosas nuevas. Así, Magda Portal y Serafín del Mar dirigen el movimiento vanguardista indoamericano situados unos miles de metros delante de la vanguardia. Poetas medulares, viven en la médula del siglo: cantan la canción amarga, tosca, plena de rebeldía y de esperanza, del hombre proletario...

—Cuidado, Mariblanca, al hablar del hombre proletario...

—...Y forman, conscientes de su responsabilidad intelectual, en el ejército de los inconformes activos.

—No me gusta esa definición.

—Bueno. ¡Qué le vamos a hacer! Yo le doy al vocablo la más amplia y generosa acepción. Quiero decir, principalmente, que Magda y Serafín no son revolucionarios por *snobismo*; casi pudiera establecerse que lo son biológicamente, por ancestro. Del Mar lo dice en su *Amor proletario*:

tú sabes camarada magda que su vientre gestó 3 poetas
el último bañado en mi sangre brota desde el fondo
proletario
agitando la misma esperanza que nos unió

—Y Magda, en el formidable poema inicial de su libro:

Pero Yo Yo
frente a la Vida,
yo poseo la roja manzana de la vida

y estoy aquí—enorme Mar
humano Mar
Mar mío

tú—el único libre bajo el cielo,
tú que azotas las nubes
con banderas de espumas que enrojece el
crepúsculo
tú que me has enseñado
la alegre tristeza del viaje

HOMBRE EMIGRANTE

recién HOMBRE LIBRE

NO TENGO PROCEDENCIA

alarido del mar
detrás de las colinas azules
el Sol compañero de todos los días
me saluda en el don de la mañana
y la ancha ola
hunde en la playa de mi corazón
sus rojos dedos libertarios.

—Aún más que en ese hermoso poema, el credo revolucionario de Magda perfila sus rotundos caracteres en *Canto proletario*:

al extremo de la ciudad
los árboles saludan al obrero
con sus ramas estremecidas
por la alegría del viento vagabundo
el gran libertario

el sudor les decora la cara
como otra sonrisa
que se tuesta en los labios apretados
de anhelo
la fábrica lo es todo:
la ESPERANZA y la CÁRCEL

Todos los días son MAÑANA
para el obrero que los lleva apretados
al corazón
como la imagen de la madre

—*Canto proletario* es, indudablemente, un poema medular, fuerte, intenso. Un poema que calofría de emoción en una frase que es un acierto estupendo: «el sudor les decora la cara—como otra sonrisa». Estos versos no más hubiese escrito, y Magda Portal recibía el definitivo espaldarazo de la consagración.

—Definitivo, espaldarazo y consagración son términos si no homónimos, paralelos, Mariblanca...

—¡Bah! Yo no estoy haciendo literatura, ni crítica siquiera. Apenas «gloso» (con su permiso, Mañach) dos libros interesantísimos, de dos poetas NUEVOS, fuertemente REVOLUCIONARIOS.

—¿Revolucionarios? ¡Ah! Será por eso que la cárcel de la Habana tuvo por huésped a Serafín del Mar durante mes y medio...

—Sí. Una pequeña equivocación de las autoridades cubanas. No todo el mundo está obligado a conocer las varias acepciones de la palabra REVOLUCIÓN. Para las autoridades, REVOLUCIÓN es, siempre, sinónimo de LEVANTAMIENTO ARMADO. Y los códigos castigan severamente este delito. Menos mal que rectificaron a tiempo. Y Serafín y Magda buscan ya en México la hospitalidad que Cuba les negó. En fin, ¿qué decía yo?...

—Que los versos de Magda...

—¡Ah! Sí. De los poemas que componen el libro, pueden citarse como los mejores: *No tengo procedencia*,

Canto proletario, 13, Cartón morado, El mandato, El viajero de todos los mares, Crispaciones, Tramos de luz y Grito. No han de opinar lo mismo, desde luego, los profanos de este nuevo arte, tan desconocido aún y ya tan combatido, sin embargo. Desconcertantes como la época, y, como la época, sintéticos y audaces, los poemas de Magda Portal se olvidan de los arroyos murmurantes y de los príncipes azules, para culminar en frases definitivas:

la duda me hace signos
desde el alféizar de su sonrisa

(12)

arrinconada está la flor de mis veinte años
como una niña de cabellos largos

por las claraboyas de la noche
se asomó la mañana

EN SUS MANOS TRAÍA LA COSTA—

(Pacific Steam)

Todas las naves emisarias de la alegría
inflan sus velas en mis vientos

para no asirme a nada
abrí los brazos en el signo más amplio—
también el mar tiene los brazos abiertos

(13)

todas mis costas están bañadas con la
sal de tus besos.

(Poema)

Yo quiero las ciudades donde
el hambre de los HOMBRES
se ha trepado por los rascacielos
y se enreda a los radiogramas
del espacio

para llorar su esclavitud,—

Ciudades congestionadas de epilepsia
donde nos damos con la

muerte—

a la

vuelta de cualquier esquina—

(Imagen)

CASUALIDAD

Madre de los desamparados

Es ya rojo todo el camino recorrido
Con tres jirones de alma menos
y esperando

Como si todavía hubiera providencia.—

(Cartón morado)

Tú —conquistador ilusionado
de mis tribus salvajes de tristeza—
donde llevaste la religión de una
alegría—nueva como los aeroplanos
sobre las selvas vírgenes—

(El viajero de todos los mares)

Ambiguas esmeraldas de mi risa!
Decoración fastuosa de mis cenefas de tristeza
como dos ojos verdes que han visto mucho el mar
y que sienten nostalgias de dormir en su seno.—

(Arcos)

—Indudablemente, la técnica es audaz, pero maravillosa...

—Maravillosa como el vuelo de Lindbergh, como el radio, como la tele-foto-fono-grafía, como el alma roja de Rusia, como la liberación del proletariado. Calofrían

las entrañas del siglo vientos de angustia, de inquietud, de rebelión. Un dolor milenar estalla frente a la prisión de Sacco y Vanzetti. La organización capitalista de los Estados, generadora de todas las INJUSTICIAS, se bambolea y cae. Una nueva ideología, fraternal y profundamente asentada en el gran Credo Libertario, sustituye a la pirotecnia de palabras con que los pueblos se saludan a través de sus cancillerías. Magda Portal y Serafín del Mar no ignoran estas evidencias, y excluyen de sus libros toda falsa belleza, toda gazmoña literatura, toda académica gramática.

Serafín, poeta que juega con las metáforas más atrevidas con la misma facilidad con que cantan los pájaros o el mar levanta su índice oscuro hasta Dios, tiene en *radiogramas del pacífico* poemas de una intensidad casi bárbara. *himno*, entre ellos. Y *poema rural*.

Ved si no algunos fragmentos:

tendida sobre el cielo de estrellas
envolvió con lágrimas las pulsaciones
que ladraban en su vientre
la mujer que tenía que parir un
hijo para la fábrica

con un odio escondido las máquinas
piteaban en sus ojos la angustia de
todos los hombres

esta mujer bien pudo ser pastora
de los paisajes del mar y traer un
poco de alegría en los ojos a este mercado
donde 2 pájaros han dejado la
señal de su canto

(el dolor de la mujer al

parir un hijo para la fábrica)

allí un viento incendiado violó las velas de los
pescadores—nosotros mirábamos la noche en
nuestros ojos— de mis manos volaban todas
las angustias como pájaros

cómo se clavaron en la sien de la muerte
en el abandono del puerto se miraban
dos rameras que se disputaban al hombre

LA PESTE Y LA MUERTE

(el puerto)

tu llegaste trayendo en las manos un panorama de
paisajes y en los labios todas las hélices del tiempo
para mi alma gitana

desde entonces anclé mis velas en el arco iris de tu
nombre

(a magda portal)

dormí en el horizonte un sueño largo y me
sorprendió la mañana izando la voz al mastil
de la luna que tocaba a puerto

viajero del mar sin esperanza

yo sé que en mis ojos no hay un recuerdo porque
todo se murió y mi palabra llena de cilicios ha
reído como los grandes dolores

tengo miedo de las calles largas sin libertad—de
sus espías los hombres que nos cuentan hasta los
botones de la americana—tengo miedo de mí mismo
como de un pirata moderno y civilizado

soñé vagabundos sueños en el humo bostezado del
p a c í f i c o

(himno de mi vida)

regadora de mi tristeza fue una mujer—en el

Mi Don Francisco Giner

(1906 - 1910)

9.—El material humano

SE ha acusado a Don Francisco Giner de impedir el desarrollo de la personalidad de sus discípulos con ideas fijas, una simple moral bien establecida, y una vaga enciclopédica erudición.

Pero los que más acerbamente acusan de este crimen a Don Francisco son todos los descontentos que no pudieron hallar en él la completa aprobación que buscaban. Estos son legión, pero podrían clasificarse en tres grupos: los extraviados, los pedantes y los vanos.

Los primeros son, naturalmente, los más interesantes, constituyen un tipo hispánico muy abundante, producido por la falta de una cultura moderna. Los extraviados españoles—los habrá también en la América Latina—sufren tormentos indecibles y merecerían un estudio serio, pero dudo que haya nadie en España y fuera de España, que pueda describir todo el horror de estos casos de desorientación que se ven a menudo entre nuestros jóvenes. A diferencia de los rusos que son agresivos y forman los grupos más extremados de los partidos políticos, o de los extraviados del resto de Europa, que se expansionan en cenáculos literarios—los extraviados hispánicos son almas solitarias que nadie quiere comprender, ni encuentran una final ocupación en obras sociales.

Su destino es morirse de asco, o caer en la vulgaridad, y algunos, los mejores, prefieren lo primero. Un tanto por ciento muy pequeño, pero muy respetable, de nuestra juventud, se deja perecer de neurastenia, sífilis o tuberculosis, sólo para no ser como los demás. Generalmente son jóvenes que no han llegado a la madurez y han sido sorprendidos por alguna de las grandes ideas modernas, de la que se han hecho fanáticos sin el lastre de una cultura compleja que pudiera contrabalancear la excesiva influencia de un libro o una idea. Tienen para su ideal una idolatría de ferviente enamorado, les ofende de que se trate a su único amor como una teoría o una hipótesis. Todo debe postponerse a su delirio, todo debe quedar en segundo lugar, las otras cosas vendrán después, es locura pensar en nada más cuando una idea podría hacer feliz a la humanidad entera.

Ya se comprenderá que Don Francisco Giner debía tener para estos desorientados una simpatía rayando en admiración, pero al mismo tiempo procuraba encauzar sus fuerzas espirituales e impedir que se consumieran totalmente en su propio fuego abriéndoles horizontes de ciencia y amor. A algunos los salvaba y eran sus discípulos predilectos; otros en cambio se resistían a salir de su viciosa soledad y quedaban más bien ofendidos del Abuelo, que había tratado de desencantarles con un viaje al extranjero, y malas lecturas, como si no bastase para su vida su propia fe.

Muchos de estos iluminados se convertían con el tiempo en vulgares burgueses, ya por un casamiento o una herencia, ya por fatiga y sequedad espiritual y la mayoría se consolaban atribuyendo la causa de su apostasia

a Don Francisco Giner, por no haberles animado cuando tenían furor de proselitismo y deseo de martirio.

El segundo grupo de los desilusionados de Don Francisco Giner eran los pedantes, que habían leído unos cuantos libros y muchas revistas y que iban al Abuelo más para hacer exhibición de su *cultura*, que para aprender lo que él podía enseñarles. Don Francisco los trataba con un afectado respeto. Les interrogaba con una ironía velada que ellos no comprendían, marchando muy satisfechos del efecto que habían producido. Pero a veces el Abuelo perdía la paciencia y con dos o tres preguntas intencionadas, les hacía ver que se daba cuenta de las lagunas de su mal digerida erudición. Y como éstos eran por lo común aspirantes a una cátedra, y como después de una o varias tentativas lograban su propósito, no hay que decir que los flamantes profesores se complacían en asociarse al coro de los que insistían en que la influencia de Don Francisco en la juventud era nefasta, corruptora, *jesuítica*.

Por fin el tercer grupo de los indeformables eran los vanos, los charlatanes, que Don Francisco llamaba los hombres del: *yo le diré a Ud...* Por lo regular eran buenos chicos, habladores, vulgares, que asistían a un par de tertulias de café, pero que además querían poder preciarse de la amistad del gran maestro.

Iban a encontrarle con una apariencia de sencillez que sorprendía al Abuelo. Parecía que tenían alguna dificultad en sus estudios, dificultad que explicaban con abundancia de palabras y una cierta compunción:—Comprende Ud., señor Giner, mi duda está en si la persona social puede subsistir cuando han desaparecido todos los individuos que la formaban?... Y quedaban cabizbajos, con un aspecto de absoluta concentración.

El Abuelo sorprendido en su inocencia y bondad empezaba a responderles:— Por mi parte no tengo la menor duda que... Pero sin darle tiempo de continuar, el que un momento antes parecía lleno de confusión por su ignorancia levantaba la cabeza e interrumpía a Don Francisco diciendo:—No hable Ud. más, ya lo entiendo. Yo le diré! Ud. quiere decir... y seguía una sarta de disparates. Era inútil que Don Francisco quisiese interrumpir con un ahogado:— No, no eso porque un nuevo:—Yo le diré, ahora caigo! Sí, tiene Ud. razón, iba seguido de otro discurso disparatado. Ni tan siquiera podía Don Francisco mover la cabeza, porque un último: —Yo le diré! Ahora lo entiendo... acababa con su resistencia.

Naturalmente, tampoco éstos, que con el tiempo se convertían en diputados de la mayoría, tenían nada que replicar, cuando oían en los pasillos del Congreso de Diputados que la influencia de Don Francisco Giner era una de las peores calamidades de España.

J. PIJOÁN

R. Fernández de Velasco: <i>Los contratos administrativos</i>	13.50
José Vasconcelos: <i>Ideario de acción</i>	1.50
Enrique Gay-Calbó: <i>La América indefensa</i>	2.50
Alberto Guillén: <i>Deucalión</i>	2.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> . (Novelas)	3.00

Un estante de libros escogidos

En la administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Santiago Argüello: <i>El alma dolorida de la Patria</i>	3.00
---	------

Eduardo Ortega y Gasset: <i>España encadenada. La verdad sobre la Dictadura</i>	3.50
Guillermo Jiménez: <i>La canción de la lluvia</i>	2.50
Narraciones de Venezuela: <i>Las Sabanas de Barinas</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i>	1.00

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica